
LA NOVELA
CORTA
LA SEMBRADORA DEL MAL
por
Vargas Vila
10 cts

Año V
N.º 256

LA NOVELA CORTA

Madrid 13
Nov. 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

La sembradora del mal

NOVELA INÉDITA

VARGAS VILA

Cielos mirobolantes;
de cadmio y de cobalto fulgente lejanía;
en lánguidos celajes de amaranto, el crepúsculo gris palidecía;
como una perla enferma se moría: el Sol;
engarzado en el oro mórbido del Poniente, como en un broche puesto sobre el cándido seno de la Noche;
la playa coruscante;
se diría sembrada de miriopodos lucientes;
reverberaba;
los bañantes extendidos sobre la arena semejaban innúmeros cetáceos con escamas de vívidos colores;
los nadadores lejanos, se hacían diminutos en la turquesa líquida del mar, y, sus brazos, levantados a veces, hacían un amplio gesto de vuelo hacia los cielos diáfanos;
en la terraza del Casino, y, los corredores adyacentes, el público hormigueaba y, rumoreaba, con un rumor de río;
mujeres en *toilettes* de estío se dirían flores vivas que anduviesen y parlasen;
la caricia del Sol hacía transparentes las gasas, y, la ligereza de las telas las mostraba casi desnudas, a los ojos de los hombres, que las contemplaban con una avidez bestial;
un largo aliento de lujuria, pasaba por aquellos cuerpos que se creían vestidos, y, era el mismo que agitaba las desnudeces de los bañantes extendidos sobre la arena en actitudes turbadoras, o flotando sobre el agua, en posturas provocativas de una desbordante sensualidad;
la multitud heteróclita de las grandes playas de mar en plena *season* pululaba allí con los especímenes más característicos de su fauna;
se charlaba, es decir, se murmuraba;
y, detrás de los abanicos que en vuelos lentos y suaves, marcaban ritmos candentes las palabras volaban, como avispas venenosas, alzadas de entre las hojas de un rosal;
una mujer apareció entonces en el extremo de la terraza, saliendo del *Bar*, y, avanzó por entre sillas y, veladores hacia la gradería que del peristilo, bajaba hacia el mar;
todos volvieron a mirarla, y, un nombre circuló de boca en boca:
—La Witowska, la Witowska...
ni alta, ni baja, cenceña y musculada al mismo tiempo, con una proporción de líneas y de contornos, y, tal euritmia de formas, que era como un poema de armonía plástica, la grande arpista avanzó por entre aquel cortejo de miradas, que eran como flechas de envidia, de admiración, de hostilidad, y de deseo;
en aquel desconcierto de telas claras, vaporosas, multicolores, de tonos tan vivos que hacían aparecer a las mujeres como flores de un prado versicolor y abigarrado, su *toilette* oscura, de una refinada elegancia arrojaba una nota grave y aristocrática de distinción señorial;
llevaba como adherida al cuerpo, modelando sus formas, cual si saliese del baño, una túnica de color violeta oscuro, con dibujos de argento que semejaban grandes lises acuáticos ajados; el cinabrio denso de la falda interior, hacía resaltar aquella flora exótica como si flotase lenta y cadenciosa;
no llevaba sombrero; se tocaba con una banda de tul, del mismo color del traje, atada en forma extraña, para protejer sus cabellos de los embates del viento, y sujeta a uno de los lados del rostro, por un broche en esmaltes representando

un pájaro-mosca, el tornasol de cuyas alas brillaba al sol como si fuese vivo;
ese tocado dejaba en descubierto su rostro;
se diría un camafeo pintado en dos tonos: blanco y negro; blanca la tez, de una blancura mate de cerámica, pero aterciopelada y, como oscurecida por súbitas oleadas de fuego interior; negros los ojos, grandes, lucientes, llenos de una expresión salvaje: ojos de bohemia trashumante; la cabellera enmarañada tumultuosa, a pesar de los ungüentos y cuidados de tocador, un poco áspera, cambiante, a trechos de un tono negro-rojizo, como la piel de los chacales; las cejas se juntaban sobre la nariz, casi hasta hacer una sola línea, tupida y suave, cual si fuese un gusano sedoso, extendido sobre la frente, como una ínfula negra, adornando la cabeza de un joven coribante; circundando los ojos y agrandando éstos y, la sombra de las pestañas hasta desmesurarlos, unas ojeras, las más enormes ojeras, que hayan decorado jamás un rostro humano; azulosas como teñidas al añil, se extendian casi hasta los pómulos, haciendo brillar aun más las pupilas que se hacían lejanas y misteriosas, cómo las de las pitonisas; en esa palidez y, esas negruras, los labios parecían más rojos de lo que eran y los dientes brillaban en su nítida blancura; como los de una puma joven, soñando con la presa;
la inquietante figura había apenas desaparecido del peristilo, bajando hacia la playa, cuando las conversaciones tomaron de nuevo todo su vuelo, las murmuraciones batieron el campo y la maledicencia fué tras de la ausente como el tábano sagrado tras de la hija de Inacus, para clavarle el aguijón;
y, en verdad que la rara criatura merecía bien los honores de la leyenda;
su vida era misteriosa y turbadora como su belleza,
era en el verano pasado que había hecho su aparición en la *Riviere*, en unión de un violinista húngaro muy joven y muy bello que la acompañaba en sus conciertos de arpa;
ella se decía polaca;
pero, la maledicencia se empeñaba en hacerla bohemia, y, aun gitana, leyenda que su belleza morena y extraña favorecía;
en las bicromías que decoraban los anuncios de sus conciertos, aparecía de pie, sosteniendo el arpa con una mano, levantando el arco en la otra en una actitud triunfal, parecía un David adolescente, dispuesto a disipar con los sonidos de su instrumento las visiones del viejo rey agobiado por el remordimiento de sus crímenes;
y, a ese respecto, algunas versiones, la hacían aparecer como escapada al harem donde distraía los ocios de un Sultán;
otros la decían, recién expulsada de una corte balkánica, de la cual quiso arrebatar un príncipe casi niño, locamente enamorado de su trágica belleza;
todas esas leyendas favorecían enormemente su fama de artista, y el público acudía a oirla para contemplar de cerca, la mujer que tales decires inspiraba;
no que careciese de mérito en su arte, en el cual tenía fuego, inspiración y, maestria; era soberbia en manejar el indócil y arcaico instrumento en cuyo cordamen, sus largas manos tentaculares, parecían garras de águilas marinas, empeñadas en destrozar el cordaje de una barca;
los últimos acontecimientos, no habían hecho sino espesar la leyenda en torno de ella;
el niño músico que la acompañaba, y que se decía escapado de un Conservatorio de Budapest, había muerto en circunstancias extrañas,
una tisis galopante, surgida a raíz de una pulmonía fulmínea, lo habían arrebatado en pocas semanas;
y, cuando todos esperaban prodigios de abnegación de aquella mujer a la cual él adoraba, de la cual era celoso como un lobo, y que al decir de muchos lo maltrataba, se le vió huir a Monte Carlo con pretexto de organizar unos conciertos, y, el pobre violinista quedó en el Hospital, a donde murió solo, abandonado de aquella que lo había arrancado de su hogar;
y, no había vuelto sino para ostentar un luto insolente, que ahora declinaba en esas *toilettes* excéntricas, y que pronto desaparecería del todo, porque se hablaba de su próximo matrimonio, con un joven de la alta sociedad, ex-attaché de Embajada y poeta de renombre...

y sobre ese tópico versaron todas las conversaciones:

—¡Pobre Blanca!—dijo una señora que tenía el cabello del color del nombre que decía, y en el cual el sol hacía una como apoteosis nívea;—y, pensar que no tiene más hijo que ese, y, a él ha consagrado su vida;...¡oh! los hijos... los hijos...

Y, sus labios se hicieron trémulos diciendo esas palabras.

—Pero, ella no ha dado su consentimiento—dijo otra más joven, en la cual se adivinaba también la ternura alarmada de la maternidad—en el último concierto dado en su *Villa Albony*, la Witowska, fué rigurosamente excluída del programa, y todos los concurrentes pudimos notar el disgusto silencioso que esto ocasionaba a su hijo.

—Acabará por ceder, abdicando de su orgullo—dijo otra con una voz de resignación en la cual vibraba el trémolo de un dolor;—se sacrificará porque es madre, y ¿qué es la maternidad sino un largo sacrificio?..

—Bien podía él evitar a su madre ese dolor, con solo esperar unos meses, acaso muy pocos, porque la enfermedad que mina la vida de Blanca, ha llegado ya al último período, es un fantasma de su antigua belleza.

—Es verdad—dijo lentamente la anciana señora que había iniciado el diálogo, y añadió con esa magia evocatriz que tiene la voz de los ancianos—no sobrevive en ella sino la elegancia, esa fué su cualidad dominante, aun superior a su belleza; nadie le disputó ese cetro, en los salones que frecuentó, ora en los de nuestra sociedad que le pertenecían por su abolengo, ora en los de paises extranjeros, en donde su marido fué largo tiempo nuestro embajador;

y, la voz reminiscente calló;

todas callaron;

y las cuatro damas, que platicaban en torno al velador, se hicieron soñadoras, graves, cual si el blanco fantasma que evocaban hubiese pasado por entre ellas con sus ojos de muerte y su aspecto de cadáver, reflejando sus palideces en el cristal de los vasos donde el color de los refrescos a medio agotar, hacía reflejos de ópalo y cinabrio, descomponiéndose en infinitas refracciones;

poco a poco el rumor del enjambre humano decreció;

gradualmente fué extinguiéndose;

las mujeres que llenaban con el despotismo de su belleza y su elegancia, el *hall*, la terraza, y los corredores del Casino, se alejaron en largas teorias tumultuosas, y en el esplendor de sus gasas flotantes semejaban una lenta procesión de canéforas;

los hombres las siguieron como atraillados, con vagos olfateos de canes cazadores;

la vasta playa quedó desierta, como un hipódromo de oro, sin carros y sin corceles...

y, el implacable silencio de la Noche se extendió sobre los lugares desiertos, como una mortaja maravillosa seminada de estrellas.

—

Lenta;

grave;

suave;

magnífica;

la Noche había venido sobre el cielo...

violetizando los paisajes, circuidos de un halo de oro;

y, caía sobre la *Villa Albony*, con una magnificencia señorial, besando los follajes con un beso de argento que los hacía aparecer como niquelados, cuasi diáfanos como si fuesen de cristal, sabiamente foliolados en cristófaro; se dirían estalactitas de fanscrita hechas transparentes y lúcidas en la sombra;

en el gran parque florecían las tinieblas, cuando Gastón Frenillet, de regreso de la Estación, apeándose de su coche, tocó a la puerta de la *Villa*, y el viejo portero, ceremonioso y grave, vino a abrirle;

algo de la tristeza de los paisajes, se reflejaba en el rostro envejecido del servidor, genuflexo ante aquel joven que había visto nacer;

éste, avanzó hosco, silencioso, meditabundo, por la avenida bordeada de crisantemos que desde la puerta llevaba hasta el *perrón* de la casa, en el cual ar-

bustos y parásitas extendían follajes de una opulencia de vejetación, tropical;
entró al vestíbulo cubierto de cristales, que era una semi rotonda, que servía de invernadero a plantas exóticas, que en grandes vasos de mayólica, sobre altos pedestales, llenaban la atmósfera de perfumes capciosos, y allí, se dejó caer sobre un sillón de mimbres de los que decoraban ese sitio, dió rienda suelta a su emoción, ocultó el rostro entre las manos, y, lloró amarga y silenciosamente;
atravesaba la crisis más grave y más dolorosa de su vida de niño mimado hecho hombre y víctima de un gran desconcierto de pasiones;
su madre acababa de partir, inexorablemente resuelta a no volver a entrar a aquella casa, que pronto la otra, la que ella llamaba la Intrusa, y que era la Electa, la amada de su corazón, entraría como vencedora;
queriendo evitar un escándalo que repugnaba a la exquisita distinción de su espíritu, ella no había negado su consentimiento oficial, resignada ante lo Inevitable, pero, se negába a todo contacto espiritual y material con aquella que venía a mancillar los cuarteles de su escudo, y, a traer aires de circo y de farándula a la quietud de su vida austera y señorial;
y, la ponía fuera de su vida, y, fuera de su corazón;
fué después de muy penosas escenas, que la madre resolvió partir, y esa tarde se había ido; ¡ay! ¡para siempre!...
enferma, casi moribunda, iba a refugiarse a su casa de París, a morir allí sola... sola... sin su hijo que era todo el amor de su vida... de su vida, que era ya un débil soplo, pronto a apagarse en la soledad;
y, él, quedaba allí, encadenado a aquel amor fatal, un amor hecho todo de locos deseos, de ardientes lascivias, que le circulaba en las venas, como un corrosivo destructor, inevitable...
y, recordaba el encanto de su vida, que acababa de romperse;
hacía dos años, que a la muerte de su padre que era Embajador en una corte báltica, había venido con su madre a encerrarse en aquella villa silenciosa y suntuosa, donde llevaban una vida muy retirada y solo recibían escasos amigos y algunos diplomáticos en vacancias sobre la costa azul, que iban a besar la mano de la antigua embajadora, cuya gracia exquisita los cautivaba como un perfume;
la salud de su madre, exigía el lenitivo de una gran soledad, y, él aprovechaba este remanso de quietud, para dar rienda suelta a sus dos pasiones favorítas: leer y escribir;
ellos habían dominado su adolescencla, y, dominaban ahora su juventud;
a *Villa Albony*, llegaban los libros por todos los correos, y llenaban la pequeña librería, se aglomeraban sobre mesas y anaqueles, en su despacho, cuyas ventanas daban al lado del mar sobre el jardín fastuoso, y, una pequeña terraza, en la cual las gardenias y los nardos parecían hacer decoraciones de cristal;
allí ensoñaba;
allí escribía;
allí cantaba su alma, como un pájaro ebrio de soledad y de silencio;
era Poeta;
el divino mal, lo había poseído desde la cuna;
y, niño soñador y melancólico había sentido aquella vaga e inexplicable tristeza que agobia el corazón de los predestinados; y, antes de conocer la Vida, ya conocía el Dolor;
como si hubiese errado con Wang, en aquel jardín de la leyenda, cerca al lago encantado, donde los cisnes negros del dios desconocido, daban a los hombres que se les acercaban, el *don Fatal;*
el *don del Canto...*
él, cantó;
fué Poeta;
lo fué desde niño, con desesperación de su padre, que había soñado hacer de él un uniforme parlante y plastronante, apto para hacer reverencias en las gradas de los tronos, y, escuchar y decir cosas ineptas en los salones de las embajadas;
el viejo Embajador fué inconsolable ante esto que él creía un encanallamiento de su retoño, una enfermedad mental casi vergonzosa, una perversión equivalente a un vicio;

sin embargo, lo toleró, como los antiguos reyes toleraban a los bufones, como un adorno exótico que decoraba sus salones, en los cuales viejos duques semi letrados, y marquesas provectas y perversas, gozaban en oir frágiles rimas, de una gracia mórbida y decadente, trabajadas con un fervor y, una perfección cellinescos y, ofrecidas, como rosas exóticas de un lejano jardín de Ensoñaciones, por las manos de un efebo muy bello, atrevido y seductor como un paje noble de la Corte letrada del *Magnífico*;

las manos maternales cuidaron aquel jardín de bellezas y le enseñaron el encanto de las ternuras y las sensibilidades que aumentaron enormemente su caudal emotivo; pero él, estilizó sus sentimientos hasta hacerlos hieráticos, augustos, en un gesto de ídolos;

fué el poeta de las elegancias y de las exquisiteces mentales, de las rimas raras y quintesenciadas, de los ritmos arcaicos y, renacentistas, laborados con un primor de orfebre bizantino;

tuvo rivales y discípulos en esa edad en que solo es dado tener amigos y maestros;

rico y, mimado, publicaba él mismo las colecciones de sus versos, en ediciones primorosas y, muy limitadas, lo cual hacía sus libros raros como un incunable;

fué el poeta de selección; y permaneció inaccesible a las muchedumbres, y, al rebaño de los semi letrados, agenos al encanto de la verdadera emoción estética;

sus versos más de Arte que de pasión, no volaban como ágilas caudales, tenían el vuelo lento y fúlgido de grandes libélulas de oro, en la azulidad difusa de un jardín embalsamado de violetas;

hermético y esotérico a la vez, de sus rimas podría decirse que eran claustrales y misteriosas, como los ojos de las monjas que han amado mucho, antes de pedir al claustro el olvido del amor;

el soplo de voluptuosidad que se escapaba de ellas, era enfermizo y peligroso de respirar;

los besos que él cantaba eran de tal manera lascivos y tan elegantemente depravados, que hacían temblorosas de emoción las manos y los labios de aquellos que los leían;

su petronismo refinado se hacía una especie de dandysmo satánico, que él reducía a fórmulas rimadas, que tenían un perfume morboso de sales afrodisiacas. Oscar Flahertic Wilde, Algernon Swinburne, Montesquin Faizensac, Alfred Donglas, Gabriele D'Anunnzio, le habían dado el secreto de sus rosas mortales, para extraer de ellas el enervante licor con que llenaba sus redomas;

no había tenido hasta entonces, más amor verdadero, que el de su madre, y de tal manera lo dominaba éste, que en plena juventud y en plena gloria, cuando era admirado y festejado y recibía el culto de una capilla de adeptos, lo había abandonado todo, para venir a encerrarse con ella, a *Villa Albony*, para atenderla, para cuidarla, porque la veía desaparecer ante sus ojos, como un miraje de belleza y de ternura que un viento inclemente aleja y disuelve en un horizonte sin piedad;

la misericordia del cielo le faltó entonces, y, la estrella de su ventura se eclipsó porque fué allí que encontró el amor, aquel funesto amor, que rompía su ventura, pues rompía el corazón sagrado de su madre;

fué en la belleza toda artificial de los jardines de aquella ciudad, paraíso de tuberculosos, de neurasténicos y de *Snobs*, que halló, no enrollada a un árbol, sino reproducida en un cártel de teatro, la serpiente fatal;

perambulaba una tarde de hastío por las calles adyacentes al mar, cuando hubo de detenerse ante una de esas salas de concierto que pululan allí, y miró el anuncio, que decía:

FIDELIA WITOWSKA.—*Arpista Polaca*

y, al lado en la ilustración del anuncio, una figura en pie, que más que una mutjer parecía un adolescente, envuelta en un amplio manto, que apenas dejaba ver el largo cuello del arpa, y sosteniendo en el otro brazo, alzado y desnudo, el arco terso en la actitud de un joven arquero, pronto a disparar un dardo;

entró;

¿qué fuerza fatal lo impulsaba allí?

el arpa no era un instrumento de su predilección; le parecía algo arcaico y bíblico, bueno únicamente para decorar las cúpulas de las basílicas en manos de los arcángeles;

cuando penetró, vió con sorpresa que había un público, reducido pero, muy selecto, que era sin duda de aficionados y de artistas;

en el escenario, el arpa estaba sola, de pie contra un cortinaje rojo, laminado de oro, y, parecía dominar con su grandeza, un pequeño violín, que yacía al lado como un ruiseñor mudo de espanto, esperando la hora de cantar:

pocos momentos después, la arpista apareció en la escena, al lado de un joven violinista casi un niño, minúsculo, frágil, delicado, como si fuese de cristal; tenía los ojos grises, de un gris de mar boreal, los cabellos rubios, lacios y largos, y, el aspecto soñador y flébil; vestía en trac, y se inclinaba ante el público con una gracia suprema;

ella tenía una túnica en tisú de plata, amplia y flotante a la moda griega, y sólo ceñida a la cintura por una franja de brocado, que le caía a los lados en estolas pasamentadas hacia las orlas, con hojas de vid, en oro verde; servíale de broche una sardónice enorme, cuyos reflejos amarillos se hacían a veces rojos al juego de la luz en sus fascetas;

límpias las manos de toda joya, como si temiese que el peso de las sortijas impidiese el libre juego de las articulaciones;

por todo dije, en los brazos una pulsera muy ancha en bronce hecha en forma de lagarto y, primorosamente historiada con motivos egipcios; los ojos del reptil eran dos granates de Bohemia, que tenían el brillo extraño de los ojos de un áspid;

la frente ceñida, a manera de diadema, por dos cintillos de perlas, a los cuales servía de agrafe una turquesa muy pálida, en forma de cabujón:

pero lo que dominaba en esa figura extraña eran las negruras del cabello, de los ojos, de las cejas, de las ojeras, haciendo penumbras sobre el color canela del cutis, bajo la cual la sangre cálida hacía súbitas olas de bermellón pálido;

Gastón Frenillet, fué atraído, fanatizado, hipnotizado, por aquella belleza, que tenía de la Sunamita y de Salomé y parecía exilia de la corte de un Rajá;

ya no tuvo oídos, sino ojos;

la música no existió ya para él, sino la ejecutante, sus manos largas y finas, cuyos dedos semejaban garras de cristal, arrancando los sonidos del corazón del instrumento, que parecía llorar; el gesto, ora violento, ora suave, ya lento ya extático del brazo que sostenía el arco, y cuyo vello, negro y sedoso, lo hacía aparecer como un enorme gusano de seda desvertebrándose al sol;

la expresión del rostro, era trágica; el rictus de los labios podría decirse que era cruel;

cuando terminó el concierto, Gastón fué el último en abandonar la sala, que le parecía aun llena de la presencia invisible de la ausente;

volvió todos los días;

se la hizo presentar y, fué asiduo del pequeño salón, amueblado a estilo turco, en que ella recibía a sus admiradores, y a los cronistas de diarios;

la halló taciturna, sigilosa, parca en decires, guardando actitudes estatuarias durante las cuales. parecía no tener vida sino en los ojos, que se diría que devoraban, más que miraban a aquellos que veía;

y, él sintió el sortilegio devorador de aquellos ojos; fué su esclavo;

envileció su musa, haciéndole versos admirables que recorrieron las gacetas, y, fueron pasto de la crítica envidiosa;

fué celoso del pianista húngaro, que languidecía al lado de ella, como una flor que muriera envuelta en los hilos irrompibles de una falena que le devorara el corazón;

y, cuando éste enfermó, y ella huyó dejándolo en el Hospital, él la siguió a Monte Carlo, y allí supo de sus labios, el secreto de su huída;

era el tenor del mal, del mal que había matado a su madre y cuyo germen ella creía llevar en su organismo;

la presencia de este mal la exasperaba:

ella había abandonado a su madre, dejándola morir en un hospital de Praga, antes que exponerse al contagio de ese azote;

ella abandonaba, ese niño que ella misma había seducido, y devorado—aunque negaba ser su amante—porque el terrible mal, lo había tocado;

él, tuvo el tacto egoista de ocultarle que su madre moria lentamente de ese mal;

de vuelta a Niza, él, extremó su corte, y loco de la terrible locura de amar le ofreció su mano;

ella aceptó;

la oposición de su madre, lo entristeció, pero no lo venció;

la ruptura con ésta tuvo lugar;

había partido;

y, él, la había acompañado esa noche hasta la Estación;

y, ella se había ido sin besarlo, ocultando el rostro entre las manos, para que no la vieran llorar;

y, él estaba allí. solo, vencido, triste...

vencido por el Amor...

amor que no es un dolor, no es un amor.

—

La ceremonia del matrimonio de Gastón Frenillet, con Fidelia Witowska, no tuvo el silencio y el misterio que él hubiera deseado, porque los cronistas de diarios, y, los amigos de *sport* y, de clubs, por allí dispersos, no lo permitieron, los unos con sus indiscreciones, los otros con sus asiduidades y comentarios;

la alta sociedad, hasta entonces concurrente asidua de *Villa Albony*, se hizo notar por su ausencia a la ceremonia, y la avenida que frente a las rejas de la villa, estaba habituada a estacionar los carruajes de la *high life*, de la aristocracia, de la diplomacia y, de la banca, solo vió ese día llegar y aposentarse ante ella, coches y autos de artistas, y de mundanas que veían en esta ceremonia, el triunfo de una de las suyas;

la señorial morada se veía como ultrajada de esta concurrencia, y su tristeza se reflejaba en los rostros de los pocos servidores, que no habían tomado *congé*, o no habían podido partir aún y se veían obligados a servir a aquella sociedad abigarrada y ruidosa, tan distinta de la elegante y estilizada sociedad que estaban habituados a servir;

como la oposición colérica de su abuela, había prohibido a todos los miembros de su familia concurrir a la ceremonia no pudo tener como testigo a un primo suyo, a quien amaba mucho, y hubo de conformarse con que lo fueran, un diarista de la localidad, y un amigo ocasional, que ejercía a veces de poeta;

todo esto, lo entristeció un poco, pero su amor era una embriaguez que le hacía perder de vista los contornos de los hechos, y el matiz de los acontecimientos;

aunque al día siguiente se vió sorprendido, por la partida en masa de sus antiguos criados, no dió valor al hecho, buscó otros nuevos, y se dispuso a gozar de su felicidad, en el silencio y, el aislamiento, que tan bien sentaban a la grandeza de su amor, y, a sus sueños de poeta;

pero, Fidelia Witowska, no lo entendía así;

ella quería la sociedad, el ruido, el fausto;

no entendía haber renunciado los oropeles y las luces del Teatro, para sepultarse viva en un cenobio;

así, se trasladaron a París, a su apartamento de soltero, una deliciosa *gargoniere* en la *Avenue de la Grande Armée*, el cual hizo amueblar suntuosamente, como para un nido de amor.

Fidelia, no lo encontró bastante amplio, ni bastante *chic*, para las nuevas aspiraciones sociales que se habían despertado en ella, y, que eran absurdas y ridículas como las de todos los *parvenus*; y, así hubieron de trasladarse a otro, en la *rue de Washington*, que ella hizo amueblar a su gusto con un lujo bárbaro y desconcertante, con salones a la oriental, llenos de falsos tapices, y un amor loco al *bric a brac*; y a la *chinoisèrie*, absolutamente ridículos;

él, quedó asombrado y aturdido ante aquel mal gusto y aquella falta absoluta de elegancia, pero capituló y se calló, porque el amor lo hacía indigno y mudo como un perro.

Fidelia, vió con gran pena, que sus sueños no se realizaban, y que la alta sociedad a que pertenecía su marido, no concurría a honrar el lujo de bazar de

sus salones, y, tuvo que conformarse con su antigua sociedad de artistas y aun de cocotas, aumentada de algunos poetas fámulos y amigos de su marido carentes de todo escrúpulo;

esto, agrió su carácter y surgieron escenas, en las cuales toda su vulgaridad nativa se mostró en plena desnudez;

¿por cuales indiscreciones de amigos, llegó a saber el nombre de la enfermedad que padecía la madre de Gastón?

ello es que al saberlo se mostró atacada de un horrible terror por todos los objetos de *menaje* que le habían pertenecido, y vajillas, cristalerias, cuchillerias, de gran valor, fueron vendidos o desterrados del servicio por temor al contagio;

él, la dejaba hacer, porque era ya más que un ser, un objeto en aquellas manos caprichosas;

el dominio de aquel amor lo hacía impersonal;

su naturaleza, débil de por sí, empezó a resentirse del exceso de placer a que aquel temperamento de fuego lo sometía, y, al cual él, se entregaba con delirio;

su madre murió entonces; y, él, apenas tuvo tiempo para trasladarse a la pequeña aldea de los pirineos a donde ella había ido a buscar la salud, sobre las cumbres serenas y entre los pinos salvajes;

la vió morir, y, le fué dado el supremo consuelo de recibir su beso de perdón, que no se hizo extensivo a aquella, que era la causa de su abandono y su dolor;

de regreso a París, Gastón Frenillet, se sintió débil, fatigado, presa de un gran cansancio moral y material;

parecía que su madre al morir, se hubiese llevado muchas de sus energías;

al verlo así, su mujer le dijo, con una voz en la cual temblaban todos los temores y todos los presagios:

—Yo, te había dicho, no ir a ver morir a tu madre, porque el beso de los tísicos, mata.

—Yo, no tengo tu corazón—le dijo él, con la severidad de un reproche;

empezaba a recobrar poco a poco su libertad de espíritu, frente de aquel amor puramente carnal que lo devoraba;

había renunciado a todo comercio espiritual con su mujer, porque había visto que ésta, apenas si tenia una alma, y no era sino un cuerpo, el más divino cuerpo, insaciable de placer;

había tenido la esperanza de que haciéndola madre, los dolores y los cuidados de la maternidad colmaran los ardores de aquel temperamento indominable;

esta esperanza, parecía fallida;

esto lo entristecía, y lo enervaba;

se sentía espiritualmente solo; y, esta soledad lo espantaba;

volvió a sus libros y, se halló feliz en la soledad de los espíritus hermanos;

pero, halló que le faltaban aptitudes y fuerzas para trabajar;

el exceso de placer había agotado todo en él;

quiso imponerse úna higiene conyugal reconstituyente, pero, halló que no era posible, porque su mujer no se prestaba a ello;

y, él, se resignó a morir, devorado por su amor;

una noche, al salir de una lectura de versos, en una sociedad de poetas, le sorprendió una nevada, lejos de toda estación de coches;

eso le ocasionó un resfriado, que degeneró en una pulmonía;

estuvo al borde del sepulcro;

y, no escapó de la muerte, sino para quedar inmóvil, sobre un sillón, débil, abatido, inerme;

con gran sorpresa suya, su esposa se había adjuntado un enfermero para atenderlo y, era éste el que lo atendía hasta en sus más íntimas necesidades;

por consejo de sus médicos fué a convalecer a la orilla del mar, y, se refugió en *Villa Aibony*;

su esposa lo acompañó bien a su pesar, porque en aquella Villa, debía según ella vivir el contagio, y ser un hervidero de microbios de aquella que la había habitado tan largo tiempo;

él, le ordenó callar, porque no le toleraba ya esas libertades de lenguaje contra la muerta amada;

a la orilla del mar se sintió renacer, y, vió con pena que su mujer se distanciaba diariamente de él;

ella misma había ordenado la separación de lechos, y, hacía lo humanamente posible, por tomar sus alimentos antes o después de él;

no podía ocultar la repugnancia que le ocasionaban los accesos de tos, y, los esputos consiguientes a ellos;

él, se resignó a esta lejanía, y a carecer hasta de la limosna de un beso, porque vió el horror, con que un día se retiró de su lado cuando él quiso besarla;

ante la mar cambiante y taciturna, sintió renacer su genio, sus musas vinieron a hacerle compañía, y, él se entregó con delirio a sus besos inspiradores;

el Invierno le fué cruel y, tuvo una recaída.

El médico alarmado, habló a Fidelia, como se habla a las esposas amantes, que temen por la vida del ser querido, y, le dijo que era preciso cuidar mucho para que el terrible mal, que había devorado la madre, no apareciese en el hijo, con la terrible tara hereditaria...

consternada, conmovida, ella no quiso oir más, se encerró en su habitación y, se fingió también enferma;

cuando después de dos días entró al cuarto de su esposo, le pareció ver en el lecho un cadáver, y, viendo grandes manchas de sangre, sobre la blancura de la almohada, quedó inmóvil, aterrada, los ojos desmesuradamente abiertos y con la boca cruel...

—¿Era el mal? ¿el terrible mal?

el médico no se lo negó;

se apartó de allí, hosca, trágica, como quien ha tomado una gran resolución;

huyó de *Villa Albony,* aquella misma noche, sin usar los carruajes de la casa, sin decir una palabra a la servidumbre;

huyó del contagio;

del contagio que ella sembraba con sus besos asesinos;

huía de la muerte, ella que la llevaba en los labios como una abeja fatal.

Verde y oro el paisaje en la llanura;

un paisaje místico de éxtasis, como el que sirve de fondo a la *Asunción* del Masaccio;

cual de cobre oxidado las colinas;

bajo el cadmio de un cielo adorable, tan divinamente tierno que se diría sensitivo, Florencia fulgía en la tarde;

el crepúsculo anaranjado la envolvía en su caricia de luz, como en una gasa áurea;

se diría una rosa enferma, languideciendo en el nácar opalino de los rosales dormidos;

el campanario de *Santa María Novella*, se diseñaba puro, en el horizonte con una limpidez de *Jaenza*;

el de *Santa Maria del Fiore*, se diría de amianto, en la pureza impecable de su estilo, hecho todo de fuerza y de belleza, como una estrofa del Dante;

el de *Or San Michele*, hacía reflejos metálicos azulosos, como una luz de fósforo;

San Miniato, allá lejos, semejaba un dije nielado, que la noche avecinante hacía oscuro, como si fuese de un estaño muy opaco;

el *Viale dei Colli*, parecia un jardín ninivita suspendido en el aire, con sus macizos de laureles-rosas, como una corona ofrecida a la Belleza de la Urbe, hecha opalescente, como un cristal de Bohemia en esa hora de transfiguración que hidratizaba los paisajes esfumándolos y disolviéndolos en una lontananza de aguas;

al llegar a la *Etazione Centrale,* el tren se detuvo suavemente como enamorado del encanto deleitoso de esos paisajes, cual si quisiese contemplar ávido aquella dilusión de colores y de líneas, que la hora hacía magestuosamente solemnes.

Gaetano Spoletto descendió de un wagón, atravesó el *hall* de la *gare* y, ya en la plaza, llamó un coche, y, se hizo conducir a un hotel; sito en el: *lungarno della Yecca Vechia*, al cual venía recomendado;

artista orato, vibraba de una emoción muy honda, al entrar en aquel relicario

de bellezas que es Florencia, y, hubiera besado su suelo, como un peregrino en *Tierra Santa*, si su dignidad de hombre libre, no le hubiera vedado este gesto de adoración esclava;

en la esmeralda de la noche, hecha de un turquí delicuescente, la ciudad se le aparecia como hidratizada en un horizonte de marismas, con incertezas lagunares, cual si fuese Venecia y, no Florencia, la ciudad aparecida, que lo fascinaba;

el espejismo fué disipándose, hasta desvanecerse por completo, a medida que el coche entraba por las calles estrechas y rectilíneas, que llevan hacia el río;

ya en el *Lungarno Acciajoli*, vió por primera vez el *Arno*, verde, de un verde limoso y profundo, que los focos eléctricos del *Ponte Santa Trinitá*, y los del malecón, no lograban sacar de su morosa taciturnidad; manso, sin olas, parecía quieto, como una serpiente muerta a la sombra de los puentes;

así recorrió, en la vecindad del agua, no viéndola sino a trechos, el *Lungarno d'Archibusieri*, el de *Borsa*, y el de *alle Grazie*, hasta llegar al *della Secca Vechia*, donde estaba el hotel en el cual quedó instalado;

uno de los más grandes, más bellos y más tenaces sueños de su vida, se había realizado;

ya estaba en Florencia.

Florencia lo atraía aun más que Roma;

el arte de Roma, hecho de despojos y de conquistas, se aparecía a sus ojos, con aspectos de violencia y de esclavitud, sin ninguna originalidad raizal, sin ser el reflejo, la esencia y la herencia de una raza, que es lo que constituye el alma verdadera de todo Arte;

eso no sucedía con Florencia.

Florencia, era el Arte toscano, la Ciencia toscana, la Poesía toscana, es decir: el Genio toscano;

el alma de Florencia, se había dado al mundo, pero, no lo habia pillado.

Florencia, era el Renacimiento;

la pompa mayestática de los grandes siglos de Arte;

deslumbrado con el esplendor que estos recuerdos evocaban en él, se acicaló apenas, someramente, y, bajó al comedor;

lás lámparas eléctricas hácían de la gran sala una como bahía de alabastro, con reflejo de oro e incrustaciones de un azul ambarino, tornasol;

amaba la soledad, como todo espíritu selecto y, buscó con la vista uno de los puntos más remotos y, menos tumultuosos del salón donde estuviese al *ecart* de las miradas y, aun de las voces de los innumerables viajeros que allí se aglomeraban;

el público era abigarrado, versicolor, sin estilo propio, como sucede en las grandes ciudades, invadidas por la ola cosmopolita;

el rebaño de Bœdcker, pastaba allí a su antojo, y, los pastores de Coock, lo seguían con ojo atento;

hombres en trajes de viaje, que llevaban aún sobre ellos el polvo de las locomotoras, se sentaban cerca a caballeros estilizados, en *smocking*, con gardenia en el ojal, y rutilante *monocle;* damas con sombrero y guardapolvos, prontas a tomar un tren, corrían cerca a otras en gran *toilette*, descotadas y enjoyadas prontas a ir al Teatro, o a alguna reunión de alto rangó;

ese juego espejeante y reverberante de luces y de colores encantó sus pupilas de artista y se propuso contemplarlo a sus anchas;

cuando hubo hallado la pequeña mesa que deseaba, al extremo del salón, sita entre dos ventanas que daban sobre el Lungarno y, desde la cual podía ver la cinta verde del río, correr bajo las líneas negras del *Ponte di Ferro*, se complació en recorrer con la mirada, el cuadro que lo rodeaba;

desde luego, fueron las mujeres las que atrajeron su atención observadora de mirante;

las había muy bellas en *grande tenue;* más modestas y de una elegancia simple; las estrafalarias damas inglesas insexuales y maniacas; y, el inevitable gremio de las aves de paso en busca de aventuras;

aunque muy joven, él, conocía bien este último género, por haberlo visto y mucho tratado, en Niza, Monte Carlo, Ostende, y, otras playas de moda, a don-

de su inagotable pasión por la pintura, lo había hecho ir en busca de ambientes marítimos, de olas y de sol, para ciertas marinas que había hecho y, a las cuales debía en gran parte su reciente fama;

al calor de esos recuerdos, sus veintiséis años, cantaron en él, la canción de amorosas añoranzas;

alto, delgado, pálido, de una palidez natural, que no tenía nada de morboso ni de enfermizo; cenceño, pero musculado; los hombros rectos, como que era por su padre, de una raza militar, hecha a llevar charreteras y entorchados; la nariz larga; la boca grande y desdeñosa; dientes disjuntos, pero blancos y admirablemente cuidados; lampiño de sí y esmeradamente limpio el rostro con una sombra apenas visible de bozo, castaño como los cabellos, que llevaba largos y, peinados en bandas, cayéndole en ondas rafaelescas sobre las mejillas, Gaetano Spoletto, era bello y elegante, y, esto último se revelaba en el corte impecable de su traje, y, en todos los objetos que completaban su indumentaria personal;

algunos hombres, lo miraron con curiosidad; casi todas las mujeres con avidez;

de éstas, solo una le llamó la atención;

vestía en gran duelo y, se sentaba en una mesa cercana de la suya;

la miró con detención, y le pareció como desprendida de una tela de Gustave Moreau, tal era el orientalismo desbordante de su fisonomía;

ella lo miró rectamente en los ojos, con una audacia desconcertante, que lo inquietó;

¿qué tenían los ojos de esa mujer, que daban esa especie de calofrío?..

la dama abandonó el comedor antes que él, no sin regalarlo con una leve sonrisa, que lució como un relámpago en el arco bermejo de sus labios;

inquirió entonces con el camarero que lo servía, quién era esa mujer tan bella con ojos como minerales, y sonrisa de esfinge;

el camarero no fué avaro en informes, y, por ellos supo, que la dama se llamaba Madame Marlet, y era la viuda de un joven francés, muy recientemente muerto en el hospital, después de seis meses de matrimonio, cuando pasaban en Florencia la luna de miel.

—Es una comedora de hombres, señorito, lo mató en seis meses; y hay quien asegura, que no es el primero;

agradeció las reseñas, y, quedó soñador pensando en la bella viuda, pero sin la idea de acercarse a ella, porque acababa de salir de una gran crisis pasional, que le había sido muy penosa; y, convalecía apenas, de ella;

era una cura de reposo de alma y de cuerpo, la que venía a hacer a Florencia;

se recogió temprano;

y, al día siguiente principió sus paseos, por la adorable Urbe medícea;

fueron sus primeras excursiones para descubrir y aprender la topografía de la Ciudad de la *Fortezza da Basso*, a la *Porta San Giorgio*, y del *Cimétero degli Inglesi*, a la *Porta San Frediano;*

asistió en las mañanas al desfile de bellas damas, por las pastelerías de la *Via Tornabuoni*, y al de la tarde por la *Via Calzaioli*, recorrió las *Cascine*, desde el Arno hasta *Porta Prato;* ensoñó bajo los rosales del *Boboli*, y los laureles del *Colli* y excursionó desde *San Miniato* a *Fiesole*, en una verdadera embriaguez de aire y de luz;

recorrió luego todos los museos y galerías desde el *Palazzo Pitti*, a *degli Uffiz*, de la *Galeria Antica* al *Museo Nacionale*, pasando por gliptotecas, colecciones, y tesoros particulares en perpetua exposición;

después de haber rendido tributo de admiración a sus grandes Maestros, que lo eran todos, desde *Leonardo* al *Dominichino* y, de *Ferugino* a *Ghirlandaio* pasando por *Fra Filippo* y *Luca Signorello hasta el Bronzino*, pensó en estudiar y en trabajar, y, necesitando para eso de una absoluta soledad, que no podía obteter en los hoteles, buscó un *piccolo apartamento mobigliato* en la ribera opuesta del Arno, y, lo halló por allá, en la *Vía della Chiesa*, muy cerca al Museo de Física, y se instaló en él;

allí se enmuró en una absoluta soledad;

sacó sus esbozos, sus lienzos, sus libros, armó su caballete, y, se dió al estudio y al trabajo, con una pasión de benedictino;

perambulaba una mañana fría y, perlda, de principios de otoño por la *Galeria Palatina* en el Palazzo Pilti, y, se haía detenido en la Sala de Júpiter, ante la *Monaca*, del *Pollainolo*, cuando sintiómos pasos muy cercanos, y, alguien que se detuvo a su lado;

volvió a mirar;

era la *viuda*, la enlutada belleza, a qien no había visto después de su salida del hotel;

en la tibieza casta de la mañana susblancuras de ánade se hacían fulgentes, entre las negruras sedosas, de sus tocasy de su traje;

hacía el gesto de contemplar beatamente, el rostro enigmático de la *Monaca*, que emergía de la tela verdosa, como un pasionaria de desolación;

se sintió atacado de un súbito terror, como si un peligro muy grande lo amenazara, e intentó retirarse;...

pero, ella lo miró entonces, como haiendo un esfuerzo para reconocerlo, y le sonrió;

y, luego, como si continuase una conversación, largo tiempo empezada, dijo:

—De todo *eso*, yo, no amo sino a Leonardo, es el único que tiene genio, porque es el único que ha comprendido el alma de la mujer, y la ha reproducido en el lienzo: Mona Lisa no es una mujer, es tolas las mujeres;

él, escuchó sonriendo aquel fárrago de fatuidad pueril, y, calló;

excitada por el silencio, ella continuó en decir:

—¿Esto? esto es absurdo.—y señalaba el cuadro, en el cual, el rostro de la *Monaca*, lucía como una flor de cera caída sobre los paños de un catafalco.

—No,—dijo él—este es un divino rostro, lleno del Amor divino... ¿no ve usted como esos ojos turbados por las místicas visiones, son el más bello y más sujestivo *paisaje psicológico*, en el cual canta el alma solitaria de un Poema?...

—Ese no es el Amor, ese es el Vicio, el peor de los vicios es la Castidad; ella es el infanticidio perpetuo; el mundo hace bien en colocarla en el cielo, su reinado sería la muerte del mundo...

parecía que oyendo esto, el rostro de la *Monaca*, y ella toda, se hubiese desprendido del cuadro y anduviese destacada del paisaje circundante, un paisaje técnico, sabio, de esos que solo pintaron en su tiempo, Sansovino, y el Verrocchio;

él quedó desconcertado, inquieto, sintiendo que un delicioso malestar lo poseía;

¿qué había en esa voz que lo inquietaba, lo dominaba, lo llenaba de un malestar extraño, absolutamente física, como la de un tocamiento impuro?...

todo el sedimento morboso de sus más bajas pasiones regurgitó en él, al sonido de aquella voz evocadora de las más crueles lascivias:

aquella mujer revolvía todo el cieno que yacía quieto en el fondo de su ser, y, que él había querido sepultar en el olvido;

ya no pensó en huir;

quedó allí, prisionero de aquellos ojos y de aquellos labios, que lo sugestionaban con una fuerza de hinoptismo;

con pretexto del Arte, se engarzaron en una conversación de Amor, sutil y deliciosa;

y, cuando el conserje vino a anunciarles que ya era la una, la hora de cerrar, salieron juntos;

él, la invitó a comer en un pequeño restaurante de artistas, que había en una calle cercana a la *Piazza Santo Spirito*;

y, ella aceptó;

fueron amigos;

sin complejidades, sin romanticismos, sin orgullos vencidos, ni pudores violentados, y, casi podría decirse que sin necesidad de seducción alguna, ella fué suya;

se le entregó sin la pretensión de hacerle un favor, ni la hipocresía de fingirle un loco amor;

se dió a él, por pasión carnal, por necesidad física, por ese amor desenfrenado del placer, que según ella, era todo lo contrario del vicio;

y, el pequeño apartamento de *Via della Chiesa*, se hizo un delicioso nido de amor en que albergaron los suyos;

ella venía todos los días, y, salían a correr juntos, los museos y las galerías

o recorrían los jardines públicos tomando en ellos croquis o diseñando acuarelas;

comían en restaurantes para artistas, que ella adoraba por la gozosa algazara y el ambiente de libertad, tumultuosa, que en ellos se gozaba;

su belleza enigmática y alconada, llamaba enormemente la atención de esos jóvenes bohemios, casi todos amigos del joven pintor, hechos en su frecuentación de academias y, *ateliers*;

a lo único que no accedió nunca, fué en dormir fuera del hotel, hasta cuyas cercanías, la iba a acompañar él, en altas horas, todas las noches;

no transitaba con él por las calles muy concurridas, esquivaba concurrir a ciertos sitios, y, se rodeaba de precauciones como de gente que no quiere ser reconocida;

eso, lo intrigaba a él un poco, pero no quiso interrogarla;

ella tenía horas de taciturnidad, de ensimismamiento, en que parecía abstraída, absorta, como espiritualmente ausente del sitio que ocupaba; y, cuando volvía en sí, después de aquellos largos éxtasis, lo hacía con las perplejidades, las incertidumbres, la amnesia, con que despiertan de su sueño los sonámbulos;

y, entonces se abrazaba a él, lo besaba con pasión, y, lo obligaba a poseerla en un verdadero acceso de voluptuosidad, como si las visiones de esos ensueños aguijoneasen sus lascivias;

nunca una palabra sobre el pasado desfloró sus labios enigmáticos de Venus Afrodisia como se hacía ella llamar de su amigo, al cual nunca quiso dar su verdadero nombre, conformándose con decirle, que el de Madame Marlet, que llevaba, no era el suyo;

y, cuando él le hizo alguna pregunta indiscreta, o alguna alusión malévola, a su último marido, tan prematuramente muerto, ella, hecha taciturna, respondió:

—Respetemos a los muertos; ellos no pueden explicarse, ní defenderse...

—Y, felizmente no pueden hablar, y, si no, ¡qué de cosas nos contaran!.. añadió él, en tono zumbón...

ella, lo miró con rencor, y, quedó largo tiempo, silenciosa, meditativa, con un rictus malo, sobre la boca hecha cruel;

nunca Gaetano Spoletto, había tenido, ni había sospechado, una mujer de un temperamento más vehemente y más apasionado que ésta;

la *Invèncible*, la llamaba él; y ella sonreía;

y, lo era en efecto;

conocía todas las sensaciones del placer, menos la fatiga de él;

Gaetano, se explicó entonces, las leyendas que circulaban en el hotel, sobre la muerte tan rápida de su joven esposo, y el final de sus amores con un joven inglés, al cual su familia había tenido que venir a librar de una muerte segura.

—Se come los hombres, *signorino*, es una sembradora de la muerte, había dicho el viejo *Maître d'hotel*, con su voz nasal de toscano, hecha temblorosa como si también temiese el peligro para su venerable ancianidad;

él, sentia en sí mismo, que eso era verdad, porque empezaba a sentirse deliciosamente enfermo del furor de aquellos besos;

un día, viéndola en el lecho desnuda, con la belleza de un ídolo de ámbar, una *Isis* de marfil y oro, que fulgiera a los rayos del Sol, caídos de una cúpula remota, él, la dijo:

—Yo quiero inmortalizar tu belleza reproduciéndola, fijándola en la tela; quiero hacer tu retrato, así, en todo el esplendor de tu radiante desnudez;

ella, accedió encantada;

y, desde el día siguiente se pusieron a la obra;

sobre un tapiz escarlata, que se diría la arena de un Circo, recién abandonado por las fieras, y rojo de la sangre de los últimos esclavos degollados, él colocó un triclinio cubierto de una tela mordorada, cuyos cambiantes violescentes daban un fondo inseguro de tonos lagunares al cuerpo, que parecía como reposar en una concha marina; en lo alto de la tela, una gran franja de oro decoraba el muro para que de ese fulgor de nimbo, surgiese mejor la tiniebla de los ojos profundos como cavernas de hulla, y, el negro bituminoso de la cabellera bajo la cual la blancura acanelada del rostro tenía palideces de ámbar;

ningún adorno mural ni arquitectónico que hiciera sombra a la desnudez

felina del modelo que yacente sobre el triclinio, tenía entre sus dos muslos columnarios, prisionero un cisne como el de Leda; con la una mano acariciaba la cabeza del palmípedo, que parecía feliz del nido en que reposaba, y, estiraba voluptuosamente el largo cuello y lo curvaba sobre una pierna, con la pureza ática del asa de una ánfora de alabastro; con la otra mano hacía el gesto de levantar sus cabellos, dejando en descubierto la axila, donde la luz hacía reflejos de oro, sobre las ductilidades del vello, que se enroscaba en actitudes vermiformes;

eran todas las mañanas tres horas de *pose*, que no se interrumpían, sino para comer algunas golosinas, y saturar de besos el cuerpo admirable, que la luz hacía radioso como un vaso de Murano con ramazones de acanto;

poco a poco, la sinfonía de las formas, fué surgiendo de la tela inerte, a la caricia sabia del pincel;

la cabeza pequeña adornada únicamente de la cabellera profusa, como coronada de ranúnculos de hierro oxidado, los grandes ojos de mineral impóluto, lanzando sus reflejos azulosos bajo las largas pestañas tenebrosas, con un resplandor feral; la boca sensual, roja y, carnosa, semejante a un enorme *Russula Rubra*, aquel hongo venenoso que da la muerte en un espasmo de amor; la garganta columbina, como el pecho de una tórtola, en el cual no expiraran nunca los arrullos; el seno marmorescente, con el ramaje azul de las venas, haciéndole tenues lineamientos de topacio; las dos magnolias de los pechos, erectas y agresivas, como si fuesen a abrirse en el gesto violento de una flor de cactusíndico; la curva de las caderas, como un ritmo de luz, diseñándose en medio arco, sobre el fondo bermejo de la tela, como una caricia de oro; las piernas esbeltas, más bien nervudas que grasas, cinegéticas, como las que Cellini daba en sus copas maravillosas a las compañeras de Diana; y, el cisne cándido reposando en el vértice de ambas, acariciado por la mano de ámbar, trémulo de emoción;

concluida la obra ambos sintieron el deslumbramiento de ella;

la reprodución de aquella belleza maravillosa y desnuda, pareció fanatizarlos;

ella se sentía orgullosa de poseerla; él feliz de haberla reproducido;

y, como si el esplendor y el olor de aquella carne radiosa los embriagase centuplicaron sus besos, en torno al cuadro, como ritos torturadores, cerca al altar de un Idolo insaciable;

él, se sentía morir suavemente, deliciosamente, como en una apoteosis de caricia;

sus antiguas neurosis resurgían, y, sentía el agotamiento nervioso, apoderarse de él, como un marasmo;

el trabajo, que había sido su encanto y su fanatismo, lo fatigaba;

no tenía fuerzas para él;

permanecía largas horas inerte, ensoñador, extendido en un sofá, soñando bellas cosas, sin tener alientos para ejecutar ninguna;

llegó a tener odio al movimiento, al tumulto, y permanecía muchos días sin salir de su habitación o mejor dicho de los brazos de su querida, que eran su único lecho;

todos lo veían desaparecer lentamente, menos ella que en el fanatismo egoista de su amor, no comprendía otro objetivo que el placer;

los amigos de él se alarmaban lamentando ver tan prematuramente truncada, tan bella carrera y aun tan bella vida de artista;

un día en que él se sintió tan débil que no pudo alzarse del lecho hizo llamar a un médico;

un amigo suyo fué a buscarlo, porque ella se opuso tenazmente a la entrada del Galeno;

llegado éste, observó al enfermo, y con ojo clínico admirable, diagnosticó en el acto; *surmenaje*, agotamiento nervioso, peligro de anemia cerebral, y, prescribió como únicos remedios; un reposo físico absoluto, superalimentación, y reconstituyentes especialmente fosfatados y ferruginosos; y, encarándose directamente con *la viuda*, que estaba cerca al lecho, le dijo como si estuviese en autos de lo que pasaba:

—Señora, la primera medicina para este joven, la única que podrá salvarlo

será la ausencia de usted, sin esa todas las demás son inútiles; déjelo usted vivir;

ella se mordió los labios, apretó los puños, y no dijo nada;

pero, apenas partidó el médico, tuvo o fingió tener una crisis de nervios, e irrumpió a llorar, lo cual no hizo sino agravar el estado del enfermo, pero no salió de allí;

desde el día siguiente, cerró la puerta al médico y, a los amigos del joven, y, dijo que ella se encargaría de su curación;

y, en efecto, por todo método lo hacía salir en la mañana y en la tarde, hacer grandes caminadas que lo fatigaban hasta la extenuación, y, llevarlo a diversiones de noche de las cuales regresaba, enfermo, descorazonado, incapaz de toda resistencia;

una noche, al salir del *Teatro Nicolini*, de ver a Scarpetta en *l' Osteria*, Gaetano sintió muchos escalofríos, gran dolor de cabeza, y, una puntada aguda en el costado derecho;

se puso en cama;

amaneció al día siguiente imposibilitado de levantarse y, con una fiebre altísima;

el médico, venido a toda prisa, diagnosticó una bronco pneumonía aguda;

ella quedó como petrificada de horror;

el enfermo respiraba penosamente, una inquietud extraña no lo dejaba estar tranquilo en el lecho, la fiebre era intensa y en el delirio llamaba a su madre, la llamaba a ella...

así pasaron cuatro días; los amigos cuidaban al enfermo más que ella, que buscaba pretextos para estar todo el día fuera, y no llegaba sino azorada, medrosa, esquivando acercarse al lecho, donde su amante la nombraba...

una noche la fiebre había disminuído, el enfermo reposaba tranquilo;

ella, había quedado sola, velándolo;

de súbito él, tuvo un ataque de tos;

ella fué en su auxilio;

rojo, convulsionado, el pecho desgarrado por el esfuerzo, tuvo un vómito de sangre;

la camisa y el lecho se llenaron de manchas rojas;

ella, dió un grito y, temblando de angustia no acertaba a sostener la cabeza del enfermo;

éste aliviado por aquel derrame, la miraba intentando sonreirle, y le decía:

—No es nada; no te vayas, Venus, no te vayas; no me dejes solo; no quiero estar solo;

la hizo sentar a su lado, tomó entre las suyas una de sus manos, y colocándola bajo su mejilla ardiente, como para que le sirviese de almohada, decía débilmente con la voz cariñosa de un niño que se duerme:

—No te vayas, Venus, no te vayas;

y, así entró en sopor;

ella, lo miró dormirse;

estaba verdaderamente loca de pavor;

miraba las manchas de sangre, y temblaba como azogada;

apenas él hubo cerrado los ojos, ella muy cautamente fué retirando su mano de las calenturientas del enfermo, y cuando ya la tuvo libre, se alzó del asiento vecino al lecho, se dirigió al lavabo y agotó el jabón y la esencias en lavarse y en ungirse, mirando con un horror invencible hacia donde estaba su amante, engrandecidos los ojos de espanto ante las manchas de sangre que lo rodaban;

reunió y encerró en un maletín sus enseres íntimos de traje y de *toilette;* su camisa de noche, un *peignoir*, frascos de esencia, cepillos de cabeza y de dientes, cosméticos, peines;... y en puntillas de pies, como un ladrón que huye, escapó de aquella habitación donde quedaba enfermo, aquel que le había dado su vida;

cuando ya muy tarde, Gaetano despertó, llamó muy paso:

—Venus, Venus;

nadie le respondió;

creyendo que no le había oído, repitió·

—Venus, Venus, tengo sed...

ante el silencio obstinado, abrió los ojos, se incorporó en el lecho; miró en torno suyo;

estaba solo;

apenas acertó a darse cuenta de su abandono;

vencido por la fiebre, volvió a caer sobre la almohada, gimiendo débilmente:

—Agua... agua...

. . . .

al día siguiente la portera compasiva, subió a verlo: estaba solo;

sus amigos llegaron después, y, todos constataron las huellas de la huída...

—La asesina—dijo la portera llenos los ojos de lágrimas y, de cólera la voz...

de acuerdo todos, resolvieron trasladar el enfermo al hospital, a una *cámara a pagamento*, donde estuviese mejor atendido;

y, así lo hicieron;

y cuando días después, dominado el mal, Gaetano, tuvo conciencia de su situación y volvió a la vida en la *càmara* del Hospital rodeado de sus amigos, comprendió la terrible verdad;

había sido abandonado;

la Sembradora del Mal había huído...

felizmente estaba salvado...

su madre vino para tomarlo en sus brazos, y llevarlo lejos, muy lejos, de aquella que había querido matarlo;

y volvia a la Vida, coronado por la guirnalda de amor de los besos maternales.

—

Moría el Otoño, un Otoño pomposo y melancólico de bellos celajes inverosímiles, de insólitas lontananzas, de aires puros, que parecían traer en sus alas el alma de todos los jardines prontos a morir bajo los besos del Invierno;

Gaetano Spoletto que había convalecido en los feudos paternales, bajo el lenitivo encanto de las caricias de su madre, habia surgido de nuevo a la vida, curado, pacificado, buscando en el Olvido la pureza del alma que los besos fatales le habian arrebatado;

ningún recuerdo espiritual, nada noble, conservaba de aquella pasión brutal que había sido un acceso de vesania;

solo su carne conservaba el recuerdo de aquellos besos torturantes, de los cuales su alma no había sufrido la más leve mancilla;

pero, su sangre estaba aun intoxicada de ellos, y era necesario expeler hasta el más leve germen del morbo destructor;

olvidar... olvidar...

para lograrlo, tentado había estado muchas veces a destruir aquella tela culpable donde fulgía desnuda, la Sembradora del Mal;

pero, no habia tenido valor para ello;

y, antes bien, habia torturado sus carnes contemplándola, y había caido de rodillas ante ella besándola con pasión, diciendo, para engañarse, que no besaba en ella sino la imagen de la Belleza, traducida por su Genio...

pero, en fin, bajo las alas del tiempo eso palidecía lentamente;...

las proximidades del Invierno, le hicieron pensar en dónde iria a pasar la rígida estación, ya que en Milán, donde residía su familia, el tiempo era muy crudo y, podia ser fatal a sus bronquios y a sus pulmones, aun ligeramente resentidos;

la «Riviere», le era odiosa; ese paraiso de rastacueros y, de «snobs» era todo lo más contrario que podia haber a su temperamento exquisito de artista, y a su delicada sensibilidad personal;

¿para qué salir de Italia, si para un artista italiano el Reino de la Belleza expira allí donde el Reino de Italia, tiene sus fronteras?..

a su madre, le habían indicado un paraje encantador, en el lago de «Garde», no lejos de «Desenzano», en la casi Isla, de «Sirmione»;

y, allí fué;

pero, aquella como copa de diorita, en la cual se le ofrecia el agua azul del lago, no le fué grata porque el olor de las aguas sulfurosas apestaba el ambiente, y, algún viajero, uno de esos exquisitos buscadores de bellezas mayestáticas, le

indicó un Hotel solitario, sobre el monte «San Bartolomeo» dominando a «Saló»;

se hizo conducir en barca a este último lugar, y de allí emprendió en «carrozza» la ascensión por entre senderos escabrosos y perfumados, en los cuales parecía vagar esparcida el alma de los rosales lejanos;

y fué al caer de la tarde, que llegó al «Hotel Metropole», sito al final de una avenida de pinos, que arrullan con sus músicas las blancuras del edificio, del cual los estanques avecinantes, reproducían la silueta rectilínea;

grandes terrazas, jardines umbríos, parques y bosques cercanos hacían deliciosos los parajes, y, grata la estancia cerca de ellos;

allí se instaló feliz, pidiendo a la Soledad, la caricia benéfica del Silencio y, del Olvido;

no sabiendo qué hacer de sus ocios, resolvió pintar;

puso fuera todos sus elementos de trabajo, y, se dió con fervor a esa tarea;

para eso se alejaba del Hotel, hacia la cima desnuda del monte que caía cortado a tajo sobre el lago, y desde allí abarcaba la perspectiva gloriosa;

abajo la esmeralda de las aguas ora claras como ópalo verde, ora azulosas orladas de oro cerca a las playas lucientes, ora verdinegras obscuras color de variolita, allá lejos donde después de «Bogliacio», se pierden hacia «Rivá»;

la cortina de pinos que lo arbitraba lo protegía contra el aire, y, contra los rayos excesivos del Sol poniente, y proyectaba una sombra azul, sobre las bellezas circunstantes;

una tarde, cuando más absorto estaba en pintar, como devorado por la calma vegetal que lo circuía, miró surgir cerca de sí una forma blanca, que aparecía apartando los follajes; no era aún una mujer, y ya no era una niña; era una delicada y suave adolescente, llegada apenas a la encantadora edad de los quince años;

con una gran sorpresa en los ojos cándidos se detuvo en la linde del bosque del cual surgía y, con voz temblorosa de temor, dijo;

—Perdone usted si lo interrumpo, me creía sola;

y, el libro que llevaba tembló, como una flor entre sus manos;

él, la tranquilizó con palabras suaves, y miró encantado sus ojos color de miel, sus cabellos castaños y la blancura irídea del rostro, en la cual la boca pálida parecía una herida mal cerrada;

y, ella miró el paisaje esbozado sobre la tela inerte, el verdor de los naranjales, tan vivo que de él parecía escaparse el penetrante olor de los azahares recién abiertos;

la obsesión del crepúsculo reinaba en aquel cuadro, que se diría vivo;

el azul del cielo se diluía en los follajes, que parecían temblar, con temblor de emoción;

tal era la ilusión de lo real que emanaba de la tela, que la niña extendió la mano, tan blanca cual si fuese una de las margaritas que se abrían entre la espesura del ramaje;

la retiró confusa, y quedó alelada ante el oro de una abeja que voloteaba sobre una flor;

—Como es bello—exclamó ensoñadora, y añadió—yo, estudio la pintura; mi abuelo el Profesor Morlachi, me da lecciones de dibujo.

—El Profesor Morlachi...

—¿Lo conoce usted?

—De nombre;

y recordó que era en textos del ilustre profesor de la Universidad Industrial, que había aprendido las primeras lecciones de dibujo y perspectiva;

como si hubiese obedecido a la evocación de esos recuerdos la figura menuda y respetable del profesor, surgió de entre los ramajes tupidos y se acercó al grupo de los dos jóvenes, que dialogaban;

y, sin presentación ninguna platicaron los tres, de cosas de Arte;

y al regresar al Hotel, en el encanto de la tarde vencida, por entre los senderos perfumados en cuyo verde glauco las blancuras de la joven y de su traje hacían como surcos de luz lunar, él, se fijó en el libro que aquella estrechaba contra su pecho como un pectoral de oro y leyó, maquinalmente y, a media voz el título: «L'Agonie d' un Reve».

—Es un bello libro de un gran Poeta—díjo el Profesor como si respondiese a la curiosidad del joven—¿no ha leído usted nada de Gastón Frenillet?

—Sí, algunos versos, en Revistas francesas.

—Está aquí, y ha obsequiado a Teresina ese libro, es un hombre admirable, ya se lo presentaremos a usted; es una gloria que fenece; está herido de muerte;

y, como temeroso de haber pronunciado la palaba fatal, que aun temblaba en sus labios, miró a su nieta, que con su gracia frágil, y su rostro exangüe y pensativo, parecía diluirse lentamente en el alma del paisaje;

ya en el patio del hotel, cerca de la escalinata del vestíbulo, vieron avanzar hacia ellos algo, que parecía una sombra; era Gastón Frenillet;

pequeño, esquelético cuasi transparente, en su blancura de cadáver, el gran Poeta, se acercó afable y cariñoso;

el Profesor, lo presentó a Gaetano Spoletto.

y todos tres hablaron de Arte y de Poesía, en la magnífica tristeza de la tarde, en la grave elegía de las rosas moribundas, y el ritornello reminiscente de las hojas secas que el viento abatía sobre la terraza, y las llevaba luego, en el crescendo de una lúgubre lamentación...

. . . .

¿Cómo Gastón Frenillet, después de tanto tiempo de recorrer todas las estaciones y los balnearios de Europa, había caído en ese encantador peñón de *San Bartolomeo*, que como incrustado en ese horizonte de árboles y de aguas reflejaba sobre el lago quieto su alta silueta, llena de un grave encanto?

después de la huída de su mujer, y, de la larga crisis sentimental que lo había puesto a la orilla del sepulcro, ensayó reconstruir su vida;

quiso olvidar;

se refugió en su Villa de «Neuilly», rodeado de pájaros y flores, ensayando ahogar su pasado en el olvido, como se arroja un cadáver en el fondo de una tumba;

vano empeño;

no podía olvidar; y lo que era más cobarde aún, ensayaba disculpar el gesto cruel que lo sumía en el abandono y en la soledad;

—¿Porqué obligarla a morir conmigo?—se decía...

no inquirió nada sobre la fugitiva; no la nombró nunca; no habló de ella jamás;

se entregó al amor de los libros, e hizo nuevos versos que publicó con un grande éxito;

tuvo el orgullo de no contar su dolor, y se elevó por encima de él haciendo el gesto de olvidarlo;

dos nuevos volúmenes de Poesías, aumentaron su nombradía, y la muerte de su abuela que perdonándolo por creerlo divorciado lo nombró su heredero, aumentó enormemente su fortuna;

pero, ¡ay! ésta no servía sino para sostener artificialmente una vida que se le escapaba;

se moría;

él, lo sabía bien;

no buscaba escapar a su fin inevitable, sino aminorar sus dolores físicos, sufrir menos, hacer bella su agonía y buscar un horizonte de belleza, sobre el cual cerrar lentamente los ojos;

morir entre rosales, cuando el frío del invierno empezara a helar el corazón de las rosas; evaporarse en el alma de una tarde serena, como el perfume de un nardo en la calma de la noche...

en «San Bartolomeo», encontró lo que buscaba su alma de poeta, y, su pobre cuerpo fatigado;

allí ensoñó, allí cantó como un pájaro enfermo que hiciese jaculatorias de arpegios a una estrella muy lejana;...

la amistad de Gaetano Spoletto, le fué un gran consuelo y un gran alivio en aquella soledad...

ambos artistas, ambos jóvenes, hablaron, como era natural de arte y de amor;

Gastón Frenillet, hermético, silencioso, más dueño de sí mismo, no hizo confidencias;

Gaetano Spoletto, más joven, más expansivo, no aleccionado por el dolor, y de un temperamento meridional contó a su amigo, su última aventura en Florencia, esa que lo había llevado a «San Bartolomeo», en busca de olvido y de reposo;

y, fué nimio en detalles, deteniéndose a pintar con sus más vivos colores los cuadros de voluptuosidad y aun de vicio repugnante, de aquella pasión devoradora, que había estado a punto de matarlo;

—¡Qué mujer! ¡qué mujer!...—exclamaba el poeta, y, quedaba ensoñador, como si rememorase también besos lejanos...

el relato de aquellas escenas de lujuria enardecían a los dos jóvenes, que pasaban noches inquietas y reminiscentes, con el sueño pertinaz de aquella belléza ausente, y sus besos devoradores;

Gaetano Spoletto, había ofrecido a Gastón Frenillet, mostrarle el retrato de la Faunesa, desnuda, tal como la había pintado en Florencia; y éste ardía en deseos de verlo;

una tarde, Gaetano Spoletto, se presentó en la habitación de Gastón Frenillet, para solicitar de él, un favor;

traía bajo el brazo un lienzo ,ya armado en el bastidor, pero sin moldura, apenas envuelto en un papel; y le dijo:

—Hoy van el Profesor Morlachi y Teresina a mi habitación para ver mis acuarelas de Foggia, de la cual el profesor es fanático, y, yo no quiero que la niña vea este cuadro; es el retrato al desnudo de *aquella mujer*, la de Florencia; ¿eh?...

y, diciendo así le entregó el cuadro, y partió...

Gaston, trémulo de deseos, quiso verlo en el acto;

no había aún roto el papel, y cuando apenas el rostro de la mujer surgía provocativo y sonriente dió un grito y sacudió la mano, como si de ella tuviese pendiente un aspid;

el cuadro cayó al suelo,y el aire levantó el resto de papel que lo cubría...

Gastón Frenillet se llevó las manos a la cabeza, se acercó al cuadro, lo miró fijamente, se alejó de nuevo enloquecido, queriendo gritar y no pudiendo:...

si... no había duda... era ella... Fidelia Witowska... su mujer...

ella, tentadora; desnuda como la había vísto muy raras veces... con sus ojos de abismo... con su boca cruel;

ella, que aparecía así, tendida en el suelo, como una serpiente de llamas;

se acercó de nuevo al cuadro, y tuvo el ímpetu de romperlo a puntapiés;...

pero... era tan bella;...

levantó el lienzo, lo puso sobre una mesa, y lo contempló con pasión;

el sol claudicante daba a la tela tonos de inverosimil realidad; la carne se hacía mórbida, el pezón de los senos se hacía rojo, el vello semejaba el de una fruta madura, los ojos parecían moverse en las órbitas, y los labios extenderse para besar...

sintió horror de aquellos besos imaginarios, y retrocedió;

se acostó en una «chaisse longue,» frente a la tela maldita,y se absorbió en su contemplación;

un odio ciego lo poseía, contra aquella mujer que después de haberlo abandonado lo deshonraba...

hasta entonces, él, no había sabido nada de su vida;... y ahora la conocía toda... una vida de vicios nauseabundos... de asesinas orgías...

y, los relatos de Gaetano Spoletto, aparecían vivos a su memoria;

las asquerosas... las repugnantes escenas... uf...

tuvo un gran acceso de tos, y escupió sobre el retrato...

y, el esputo sanguinolento cubrió la carne radiosa como un andrajo de púrpura arrastrada por el fango...

se sentía ahogar...

comprendía que iba a morir, y quería morir frente a aquella que lo había matado...

afuera llovía...

por la ventana abierta entraban ráfagas heladas, y por intervalos, impulsad

por el aire, la lluvia entraba hasta la «chaisse longue», en que él estaba extendido y lo bañaba...

no se movía...

no se defendía...

¿para qué?

. . . .

Al día siguiente, los criados del Hotel tuvieron que desvestirlo y ponerlo en el lecho;

ya, no hablaba;

apenas con los ojos indicaba que aun vivía...

Gaetano Spoletto, que fué de los primeros en entrar, vió su tela maculada de sangre; creyó en una inevitable necesidad del enfermo en la oscuridad, y, nada dijo; ordenó que le quitaran de allí para que no ofendiera el pudor de los que entraran, y, la hembra impudorosa no ultrajara con el espectáculo de su desnudez, la augusta solemnidad de la Muerte;

los ojos del moribundo siguieron el éxodo del cuadro, como si quisiese moverse, hablar, seguir tal vez tras de aquel cuerpo abominable;

desde esa mañana, al comenzar la crisis, el médico comprendió que era la última, y, que no podía sino prolongársele una vida artificial, hasta que vinieran sus deudos, y telefoneó a su mujer, según instrucciones que tenía de él, cuando llegó al Sanatorio;

—¡Cómo!... ¿Gastón Frenillet, era casado?—exclamó sorprendido Gaetano Spoletto;

bajo la acción de los *ballones* de oxígeno, de los sueros inyectables, y, de los narcóticos que le impedían los grandes accesos de tos, el médico pudo prolongar esa apariencia de vida...

a la tarde siguiente, entró en agonía...

no se oía sino el estertor de ella, cuando se sintió el ruído de un coche a las puertas del Hotel; luego un *frou frou*, de telas, y, una ola de perfumes que entró precediendo a una mujer, la cual avanzó hasta el lecho del enfermo.

Gaetano Spoletto, quedó estupefacto: era *Venus*... la *Venus* de su cuadro... su querida de Florencia; la que había estado a punto de matarlo...

ella hizo el gesto de no verlo;

el moribundo que la miró acercarse, hizo un gesto violento; con fuerzas que nadie sospechaba en él, se incorporó, extendió la mano, y con voz opaca, pero, fuerte, dijo:

—Expulsad a esa mujer; echad de aquí esa mujer; que salga; que se vaya...

y, agotado por el esfuerzo cayó de nuevo sobre el lecho, dobló la cabeza de lado, y expiró...

cuando los concurrentes a la triste escena apartaron los ojos del rostro del muerto, y volvieron a mirar, la mujer había desaparecido...

poco después se escuchaba el ruido de un coche que partía;

Gaetano Spoletto, se acercó a la ventana;

levantó los visillos y miró;

la el coche que se alejaba iba ella...

ía Sembradora del Mal, huía...

huende la Muerte que daba.

Vargas Vila

N- 15289

SUSCRIBASE USTED

desde 1.º de año



A NUESTRAS
POPULARISIMAS
REVISTAS



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN POR AÑO

	Madrid y Provincias.	Extranjero.
La Novela Corta	**7,50**	**10,00**
La Novela Teatral	**9,50**	**12,00**
La Novela Corta y La Novela Teatral (Suscripción combinada.)	**15,00**	**20,00**

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498